

Del gótico al barroco

FERNANDO CHUECA GOITIA*

Voy a hablar de dos siglos que son fundamentales en la historia de España: del gótico de la segunda mitad del siglo XV a la primera mitad del siglo XVII. Es decir, me ocuparé de la segunda mitad del siglo XV, el siglo XVI completo y la primera mitad del siglo XVII. En este período España pasa por uno de los momentos más fulgurantes de su historia. El siglo XV y, sobre todo, el reinado de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, prepara las bases de una España ascendente que llegará en el siglo XVI a alcanzar un poderío verdaderamente hegemónico en Europa. Tanto por el desarrollo que alcanzan los dominios de la corona de Carlos V como por el poder político y militar que esto lleva consigo y que después Felipe II empieza a declinar con los Austrias, llamados menores, es decir, Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Pero cuando el poder político declina, España, por otro lado, alcanza un siglo de oro en lo que respecta al desarrollo cultural. Los grandes genios españoles como Lope de Vega, Calderón, Velázquez, son frutos óptimos de esta época de esplendor, y entonces el poderío militar y político deja paso al esplendor cultural que verdaderamente se produce en el Barroco español. En cuando a lo que suponen los ciclos artísticos, el primer período, el de los Reyes Católicos,

* Arquitecto. De la Real Academia de Bellas Artes.

corresponde a lo que hemos llamado algunos tardogótico, otoño de Edad Media, gótico final, que curiosamente es impulsado por artistas venidos de fuera, especialmente de Flandes y Renania. El segundo período de estos dos siglos fulgurantes, el de Carlos V y Felipe II, corresponde ya al renacimiento en sus dos fases. Por un lado, el plateresco muy castizo, muy español, y, por otro lado, el herreriano. El plateresco por lo flido, por lo engalanado y por lo distinguido, recuerda en algún sentido al gótico final, pero luego llegará un renacimiento mucho más severo, más purista, más frío, impulsado por Felipe II.

Los grandes monarcas que lograron la unidad de España tuvieron un solo hijo: el infante Don Juan, y dos hijas: Doña Isabel, la primogénita, y Doña Juana. Doña Isabel era viuda del príncipe Alfonso de Portugal y hacía casi vida de monja cuando de nuevo fue solicitada por Don Manuel el Afortunado, con quien se casó en segundas nupcias. Este rey es el que da nombre al estilo manuelino en Portugal. El día 4 de octubre de 1497 murió Don Juan, el primogénito de los Reyes Católicos, y sólo quedó un vástago varón de su sangre: el pequeño Miguel, hijo de Doña Isabel y de Don Manuel el Afortunado. En este niño se cifraban las esperanzas sucesorias de los Reyes Católicos. El año 1500 moriría por desgracia y, con ello, no quedaba para heredar la corona más que Doña Juana y Don Felipe el Hermoso de Augsburgo. Nuestro Felipe el Hermoso mostraba cierto desvío hacia su esposa y una livianugudad reprobable que hizo que Doña Juana empezara a padecer ataques de locura. Todas estas desgracias sucesivas minaron la salud de Doña Isabel la Católica, que murió el 26 de noviembre de 1504 a la edad de 53 años. Dejó, por lo tanto, el reinado en manos de su hija Doña Juana con el fin de que la corona recayera en su nieto Carlos I de Augsburgo. Verdaderamente, esto supuso un giro trascendental en la historia de España con el cambio de dinastía, perdiéndose la línea dinástica continua, la verdadera línea nacional, y entonces España se ve mezclada en grandes contiendas internacionales promovidas por la Casa de Austria. Sin embargo, algunos opinan que la historia no hubiera variado sustancialmente si hubiera vivido el príncipe Don Juan que casó con Doña Margarita de Austria; con lo que a la larga hubiera entrado también en la órbita de los Augsburgo. Se convendrá que no es lo mismo que el verdadero titular fuera un monarca de la Casa de Castilla y no un monarca de la Casa de Augsburgo. Aunque Don Juan hubiera podido tener relaciones con la Casa de Austria, siempre le correspondería a él, como rey de Castilla que era, la primacía de las decisiones políticas de su gobierno y de su nación. En medio de esta crisis dinástica la situación española parecía estar en un momento de vital apogeo.

Los Reyes Católicos por desgracia no lograron una continuidad dinástica nacional pero, sin embargo, habían dejado el país en una espléndida situación política, social, económica y cultural. Habían logrado la unificación de los reinos cristianos, venciendo y arrojando de la península a los últimos musulmanes que quedaban rezagados y enquistados en el pequeño reino granadino. Habían logrado la pacificación del país. Habían puesto un freno decisivo a la nobleza y preponderancia de las casas señoriales, asegurando la autoridad real. Habían logrado un verdadero saneamiento en la economía, protegiendo la mesta y el comercio de lanas con Flandes y los países septentrionales de Europa. Habían incrementado el prestigio de España en Italia, gracias a las victorias del Gran Capitán. Habían vencido a La Beltraneja, y a sus partidarios, destruyendo el peligro de inestabilidad, y habían logrado ya superar esa posible crisis, gracias a la victoria de la batalla de Toro. Habían tenido la intuición general de proteger al navegante genovés Cristóbal Colón para abrir la posibilidad de un Mundo Nuevo, que iba a convertirse en la base de un imperio transcontinental como nunca había existido; y desde luego habían protegido las artes, la cultura. Habían conocido el nacimiento de la

imprenta, capaz de dar un impulso verdaderamente incalculable a las artes, ciencia, erudición, cultura. Habían dado con este motivo cada vez mejor conocimiento de la cultura clásica. El saldo del reinado de los Reyes Católicos no podía ser más favorable. Dejaron a ese joven monarca heredero de su reino una nación en una línea ascensional, difícilmente superable. Carlos, que empezó a reinar en 1517, se encontró con un país que estaba en el mejor momento de su historia. España, a nivel de lo que era la Europa de su tiempo, representaba una gran potencia en círculo por su dimensión territorial, por su economía, sobre todo, ganadera, por sus rutas marítimas y también por su relación con la política italiana. La Península Ibérica era el territorio más vasto de la Europa occidental. Pasaba de 500.000 kilómetros cuadrados. Era un país con una gran superficie territorial y poseía excelentes condiciones para mantener una cabaña ovina muy importante. De ahí viene la trascendencia que tuvo la mesta. Por una parte, los ganados transhumantes tenían la posibilidad de invernar en las tierras cálidas y soleadas del mediodía castellano, y de trasladarse en cambio en el estío a las frescas montañas de la cordillera central. Las condiciones climáticas españolas de entonces no eran tan excepcionales; sin embargo, teníamos otras condiciones enormemente favorables. La riqueza de nuestro país comenzó a palidecer cuando comenzaron a producirse las guerras de Flandes. No solamente fueron una sangría estas guerras en todos los sentidos, sino que también fueron algo grave para su demografía, destruyendo el floreciente mercado lanero, que dio lugar a que decayera la industria textil española y a que se trasladara a Flandes. Se puede decir que nuestras exportaciones se orientaron hacia otros nuevos mercados, fundamentalmente italianos. En este período carolino, de Carlos V, sigue teniendo mucha importancia el poder señorial. En Castilla la vieja, las tierras poseídas por los propios campesinos no pasaban de un 30 por ciento, y en Castilla la Nueva de un 20 por ciento. Lo demás eran tierras señoriales, tierras de realengo, bienes eclesiásticos, etc. Esto trajo consigo el crecimiento de las ciudades, que es muy notable en el siglo XVI, tal y como lo pone de relieve Menéndez Pidal en el tomo 19 de su *Historia de España*. El crecimiento de las ciudades da origen, por otra parte, a una nueva clase social: la burguesía comercial. Se produce una transformación en el sentido de que el noble se traslada a la ciudad, construye su residencia en ella y se va aburguesando, al tiempo que muchos burgueses se ennoblecen.

Existe, por tanto, en este período una interacción de clases sociales, que también presta vitalidad a nuestra vida social y nuestra manera o forma de vida. En las ciudades, además de clases altas y medias, vive una modesta artesanía de oficios muy diversos (carreteros, caldereros, toneleros, bordadores, barberos, cerrajeros, sastres, etc.). Existen una serie de oficios que demandan el buen gobierno de la República. No se puede olvidar tampoco el auge de las mancebías, que fueron en alguna medida un negocio lucrativo no desdeñado incluso por las clases señoriales. También por su gran influencia política y de todo orden, el clero tenía un asiento fijo, importante y preponderante, en estas ciudades. Aparte de los grandes prelados, que pertenecían a la clase social más alta, existía también un clero que ocupaba un papel importante en la vida universitaria. Todos los profesores universitarios pertenecían al clero secular y algunos incluso al regular. También era muy importante el papel que jugaban las órdenes religiosas en la vida hospitalaria. Los Reyes Católicos dieron un gran avance a los hospitales. También hay que destacar el gran número de mendigos que existía, entre los que se situaban moriscos y gitanos. Es curioso que los mendigos honorables gozaban de una protección y se consideraba que debían existir, desde el punto de vista filosófico; pues con ello se pensaba podía desarrollarse la caridad del cristiano.

Este joven príncipe, futuro rey Carlos V, cuando llegó a su nuevo país heredado de su madre se encontró con un problema muy grave: la guerra de las Comunidades. El conflicto se resolvió, afortunadamente, en dos años; con lo que la prosperidad nacional se mantuvo. Si los reyes españoles y, sobre todo, los de la dinastía austriaca no hubieran considerado como su fundamental misión en la vida el mantener la unidad católica de sus Estados, quién sabe si nuestra historia hubiera sido diferente. No creo que un Fernando el Católico, príncipe admirado por Maquiavelo y político pragmático si los hubo, hubiese adoptado posturas tan fanáticas en favor de un ideal religioso que de manera tan ostensible resultaba lesivo para los intereses nacionales. Ello era algo que resultaba, por una parte, tan inscrito en la misión de la dinastía de los Augsburgo que a la larga ello mismo precipitó su propia ruina.

¿Cuál fue el arte de los Reyes Católicos? La renovación de nuestra arquitectura gótica estuvo impulsada por maestros que vinieron de fuera. Hacia 1440 llega a Burgos Hans de Colonia con gran número de ayudantes, y a Toledo en 1445 llegan unos escultores flamencos, renanos o educados en estas escuelas, cuyo jefe era Anequín de Bruselas. Estos vértices están enclavados en dos ciudades, cabeceras del arte español: Burgos y Toledo. Si del grupo burgalés van a destacar Hans de Colonia y Simón de Colonia, en el grupo de Toledo surge un artista genial, aparte de Anequín de Bruselas, Juan Guas, quien se atrevió a mezclar las esencias del gótico con un mudéjarismo aprendido en España. Es el más representativo de nuestro gótico otoñal. Sus padres provenían de Bretaña. Juan Guas da la nota espectacular en el Monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo, en cuya iglesia se iban a enterrar, en principio, los Reyes Católicos. Nos dio pruebas de su talento y originalidad en el Palacio del Infantado de Guadalajara que, desgraciadamente, se quemó. Pero ese gótico finisecular hispano-flamenco va a caer en manos del arte, que en el siglo XVI entronizará el renacimiento. Pero el estilo renacentista que llegará a España no será el florentino, sino un renacimiento pasado por Lombardía y en parte también por Francia, y que luego florece en España en el llamado estilo plateresco, llamado así por su coincidencia con el arte de los plateros, entre los que habría que destacar la familia de Arfe. El estilo plateresco coincide en el tiempo con el reinado de Carlos V (1517-1556). Nunca España gozó de mayor alegría creadora como en aquel momento. En el reinado de Felipe II es cierto que la arquitectura alcanza mayor conocimiento y mayor expresión de las leyes antiguas, la onda constructiva, sin embargo, decrece y decae. Es como si le absorbiera todas sus energías el Monasterio de El Escorial, que representa perfectamente Felipe II.

Yo me pregunto si el estilo plateresco no está en contradicción con el empaque imperial de un verdadero César dominador. La arquitectura plateresca, que es eminentemente delicada, ornamental, graciosa, nada pesada, nada masiva, airosa, ligera, parece que no puede representar bien una majestad cesárea como la de Carlos V. Acaso algunas obras como el Alcázar de Toledo, el Palacio de Carlos V en Granada, parte de la Catedral, también quizás. Carlos V no está muy representado por la arquitectura plateresca. Las Catedrales de Salamanca y Segovia, el Convento de San Esteban de Salamanca, el Convento de San Marcos de León, los Palacios de Monterrey en Salamanca, la portada estandarte de la Universidad de Salamanca, el Colegio de los Irlandeses en la misma ciudad, no se puede decir que representan al Emperador.

Sostengo que en la obra de Herrera del Monasterio de El Escorial está el germen de nuestro barroco porque es una encrucijada en la que confluyen, por un lado, el renacimiento purista, por otro lado, un

barroco que después de Herrera consolidará Juan Gómez de Mora. En la fachada de la Basílica de El Escorial se puede observar cómo ahí ya está vibrando el barroco.

¿Qué representa el barroco español? Una especie de repliegue de España en un mundo suyo, interior. España, que había estado abierta a un mundo occidental en su fase de máxima expansión, coincide en el otoño de la Edad Media y en el renacimiento carolino en esta europeización de lo nuestro con el reinado de los Reyes Católicos y Carlos V; pero, sin embargo, se cierra, se repliega sobre sí misma ante el peligro de que cunda en ella la herejía protestante. Los Augsburgo nos conducen a este callejón sin salida haciendo que toda su política se centre en la defensa de la fe católica. Esto lo llamó Ortega la “tibetización de España” que, según el pensamiento liberal, no nos trajo más que desdichas.

El siglo barroco es el siglo de la decadencia española, pero también el siglo de oro de sus letras, artes, etc. Cuando llegamos a la mitad del siglo XVII, tras desglosarse Portugal de España, se llega a esta decadencia. Pero llegado este punto, me pregunto ¿no empezará la decadencia con Carlos V, debido a sus empréstitos, debido a la carga de su Imperio? Estoy de acuerdo con Claudio Sánchez de Albornoz cuando dice que fue funesto para el hacer de España la presencia de los Austrias al frente de los destinos hispanos durante el siglo XVII. La teoría de Sánchez de Albornoz es que España no se había constituido del todo cuando ya empezaba su decadencia. Y no se constituiría porque la política imperial de Carlos V para mantener ese gran Imperio le impidió esa constitución; política que luego Felipe II heredaría al recibir una economía hipotecada y en parte en bancarrota.

Julián Marías, en su obra *España inteligible*, dedica un largo capítulo a lo que denomina “revisión de la decadencia”, poniendo de relieve que la inquisición y la expulsión de los judíos fueron errores de España por ser contrarios a la inspiración profunda de los proyectos españoles.

Lo que es indudable es que en el siglo de oro tiene lugar el siglo de la literatura, de las artes. Nunca desde los reinados de Felipe III y Felipe IV el saldo cultural es mayor. Una de las aportaciones más importantes y originales de la cultura universal radica en el teatro barroco: en la comedia, en la tragicomedia española. Pensemos en Lope de Vega con 483 comedias escritas. Por encima de todo está la defensa de la monarquía católica, en la que Lope de Vega creía como último sustento y poder, capaz de garantizar la justicia, el orden, la paz entre los españoles. Por ejemplo, para José Antonio Maravall, el teatro español es ante todo un instrumento político y social, que responde a una preocupación o finalidad ética, e incluso es mínima la parte que se ocupa de temas religiosos. El español quería encontrar en su teatro la validez de ese sistema de valores suyos, quería encontrar una verdadera justificación de su forma de vida. Si de la literatura pasamos a la pintura, necesariamente tenemos que citar a Velázquez, el gran pintor barroco sin parecerlo, a Murillo o a Zurbarán. Dentro de la arquitectura, el arte plástico más representativo de la época barroca en Europa e Hispanoamérica, encontramos algo de esa tibetización y repliegue de España. El barroco español nada tiene que ver con el europeo de Italia, de Francia, de Inglaterra o de Alemania. Si la famosa tibetización de España trajo muchos aspectos negativos, sin embargo, también generó algunas ventajas: una originalidad propia y no debida a nadie. Por eso es tan diferente y particular. La arquitectura de Gómez de Mora, de los Churriguera, de los Carmonell, de Pedro de Ribera, de Arrieta, de Lorenzo de Rodríguez, etc., se despega de lo que se hace en Europa en un grado superlativo. Ello se debe a que España estaba aislada dentro de sí misma y a que sólo ella fue la que

trasladó a América Central y Sureña sus valores políticos, sociales y culturales. Hace años escribió, comparando el Imperio romano con el hispánico, algo así como que el Imperio romano había creado toda su gran estructura política utilizando su lengua (latín), su derecho (romano) y su arquitectura (de los latinos y romanos). Mientras que España había hecho casi lo mismo, al sustituir el derecho por la religión. Había utilizado la lengua (el español) y había mantenido igualmente la arquitectura. En el ámbito cultural, nada supera en América a la arquitectura. Si en el Imperio precolombino, donde brillaron las civilizaciones azteca e inca existen monumentos considerables, ellos no son sino testimonio de civilizaciones muertas, que en el fondo tienen poco que ver con las tradiciones de un mundo que arranca de la llegada de los españoles. Para las actuales naciones americanas de habla hispana su verdadera tradición son los primeros españoles y su expresión cultural: la arquitectura barroca, que consiste en una arquitectura eminentemente religiosa. ¿De qué religión se trata? Más popular que culta. Se trata de una arquitectura que habla directamente al pueblo por medio de la devoción a la Virgen y mediante un santoral de patronos, especie de protectores espirituales de una localidad, diócesis, parroquia, etc. Estamos ante una religión localista, que se manifiesta en vírgenes propias para cada localidad, cada distrito. Se trata también de una religión procesional que hace teatro de las ciudades enteras en las procesiones de Semana Santa, en las que el pueblo participa activamente en el drama histórico de la pasión y la muerte de Cristo. Es una religión en la que el pueblo busca el palpito de lo sobrenatural bajo el humo del incienso. El retablo es el foco de atracción que llena con su magia la reverberación del templo barroco español. Sin el retablo no se entendería su profundo significado; pues en él reside una garantía de lo sobrenatural al provocar consuelo y alivio en las clases populares.

A través de ese gótico ligero, plateresco amable, ornamental, delicado, gracioso, hasta hundirnos en este barroco difícil y contradictorio, que es el nuestro, podemos darnos cuenta de lo que han representado estos dos siglos españoles: la segunda mitad del siglo XV, el siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, los cuales reúnen una de las etapas más valoradas, más expresivas y culminantes de nuestra historia patria.